

IGLESIA CATOLICA, CATOLICIDAD Y RELIGIOSIDAD POPULAR ANTE EL PASO DE JUAN PABLO II POR CUBA¹

Jorge Ramírez Calzadilla

Como en los anteriores viajes del actual Papa fuera de Roma, este a Cuba, el número 81, del 21 al 25 de enero de 1998, tuvo un declarado carácter apostólico pero también las circunstancias le confirieron, objetivamente, una connotación política. Ambos aspectos fueron evidentes desde la invitación de Fidel Castro para que Juan Pablo II, recién ascendido al Sumo Pontificado, realizara una escala técnica en La Habana en ocasión de su primera visita a América. Ello se repitió casi una década después cuando se creó un clima favorable por las proyecciones del Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), cuyo contenido ha sido el más próximo a un entendimiento de la Iglesia Católica con los objetivos sociales del sistema sociopolítico, el que a su vez daba muestras de superar estrechas concepciones ateístas, hasta que finalmente el encuentro en Roma de los dos principales actores hizo impostergable el acontecimiento, valorado de histórico y trascendental por el común de la prensa internacional.

El ángulo político ha sido subrayado y más abordado por los analistas y la prensa radial, televisiva y escrita. Se explica tal interés por la cultura secularizada del mundo moderno, aunque especialmente por las coyunturas que rodean a Cuba y al propio viaje al único país de occidente que se orienta con una alternativa al modelo neoliberal, censurado además éticamente por el Papa dada su naturaleza de capitalismo “salvaje”, y con una perspectiva consecuentemente socialista, pero también rechazada por el

¹ Publicado en *Cuba: sociedad y trabajo*, Ajuntament de Barberá del Valles y la Fundación Comaposada, Barcelona, 2000, pp. 135-150.

Sumo Pontífice a quien se le atribuye un protagonismo, por veces magnificado, en el derrumbe del campo socialista.

El diferendo Cuba-Estados Unidos, agravado por el bloqueo y las exigencias norteamericanas de inserción en la economía de mercado y en el estilo de democracia representativa, las condiciones globalizantes del mundo unipolar, las repercusiones que han situado a la sociedad cubana en coyunturas críticas que han sido denominadas de "período especial", y las posturas de una extrema oposición en parte de la emigración cubana, por cierto muy dividida respecto a la visita, han peculiarmente matizado tanto el viaje desde su etapa previa, cuando se vaticinaron dramáticas manifestaciones de resistencia al régimen, como los análisis posteriores en lo que se debaten, para unos, éxitos de Juan Pablo frente a Castro, mientras que, para otros, ha resultado un fortalecimiento de las posiciones oficiales cubanas. Entre un extremo y otro hay valoraciones más objetivas que consideran efectos balanceados de signos positivos.

En el terreno específicamente religioso, la significación de la visita puede medirse a partir de los impactos en tres sentidos: dentro de la Iglesia Católica local, en las restantes expresiones religiosas (en especial las demás iglesias cristianas aunque también en las agrupaciones religiosas de origen africano) y en la religiosidad predominante en el cubano, a la que pudiéramos identificar por religiosidad popular.

El sentido político y el religioso están en realidad muy estrechamente interligados. No obstante, metodológicamente, son susceptibles de abordajes diferenciados. En este trabajo intentaré examinar la repercusión en la Iglesia y el catolicismo y en la religiosidad más extendida. Al respecto hay que considerar la significación que en el campo religioso tienen los símbolos, lo que en la sociedad cubana adquiere peculiaridades asociadas a tradiciones culturales, advertibles en la diversidad de la producción simbólica de cada expresión religiosa y en el intercambio de valores simbólicos usual en la religiosidad popular. El Papa, un símbolo religioso en sí mismo, interpeló esa religiosidad en su paso por Cuba.

Lo que aquí presento pretende estimular el debate constructivo en aras de profundizar en la realidad de esta sociedad caribeña, afrolatinoamericana, con influencias de otras partes de América y Europa, también de Asia, actualmente bajo particulares condiciones socioeconómicas y políticas. Obviamente no son temas agotados y con posterioridad habrá con seguridad mayores elementos para un análisis mejor sustentado, en la medida que lo transitorio vaya cediendo a procesos madurados por el tiempo y las circunstancias.

El respaldo del Papa a la Iglesia y al catolicismo

A finales de los '80 las coyunturas permitían pensar que el viaje a Cuba de Juan Pablo II era inminente. Fidel Castro envió un mensaje al Papa aceptando la visita por invitación de la Iglesia local, que fue portado por José Felipe Carneado, entonces Jefe de la Oficina de Atención a los Asuntos religiosos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba. Los obispos cubanos comenzaron preparativos. Pero por esos años se produjo la desintegración del campo socialista y de la Unión Soviética. Se dio por segura la caída del sistema cubano por el “efecto dominó”. Entró el país en una severa crisis económica. En el momento más difícil se produjo el comunicado episcopal de 1993 titulado “El amor todo lo espera”, en el cual no sólo se hacían las críticas más severas al gobierno después de las pastorales de los '60, responsabilizándolo con la situación, sino que también se presentaban demandas de claro contenido político asumibles por alguna agrupación partidista opositora si existiera. En tales circunstancias era poco probable que cualquiera de las partes estimara oportuna la visita.

En 1994 el Arzobispo de la Habana, Jaime Ortega Alamino, era nombrado Cardenal, el segundo en la historia eclesiástica cubana. No hay porqué suponer que la medida apuntase a facilitar el viaje papal a Cuba, pero sí que la iglesia se orientaba a un

fortalecimiento institucional que la situase en mejores condiciones ante los acontecimientos que se presumían. De cualquier modo fue un paso con un sentido favorable a la presencia personal del Sumo Pontífice en la Isla. En 1996, cuando se daban índices de cierta recuperación económica y la jerarquía local moderaba su discurso político, el tema de la visita volvía a cobrar vigencia, hasta que finalmente se concertó.

El año siguiente fue de preparación lo mismo para la Iglesia que para las autoridades políticas. Se constituyeron comisiones en ambos lados y una conjunta que tuvo en cuenta los mínimos detalles y recibió a personalidades vaticanas expertas. Las acciones fueron “in crescendo”, aunque las publicaciones católicas resultaron algo lentas incluyendo la temática de la visita más bien en los meses finales.

En junio de 1997 se celebró la primera misa en una plaza pública después de más de tres décadas. En esa ocasión el Cardenal celebraba la fecha de san Pedro y San Pablo en la Plaza de la Catedral de La Habana, cuando el templo estaba en reparaciones y anunciaba el inicio de las actividades preparatorias. Siguiendo las líneas pastorales hacia el 2000 según documento de los obispos, los laicos de cada parroquia ejecutaron visitas casa por casa, algo inusitado en la práctica eclesial por varios años, sin interrupciones ni rechazos destacables por parte de la población. El Obispo de Camagüey, Adolfo Rodríguez Herrera, en la presentación del papa en su diócesis, valoró este despliegue como una tercera etapa en la evangelización; la primera protagonizada por religiosos españoles cuando la conquista y colonización, y la segunda por pastores evangélicos desde finales del siglo XIX en su mayoría procedente de Estados Unidos. Otras misas fuera de las iglesias se efectuaron con aprobación oficial en distintos lugares del país.

Con apoyo de iglesias del exterior se lanzaron múltiples folletos, estampas, oraciones y affiches con la figura de Juan Pablo II que fueron pegados en las puertas de las casas. La propaganda y textos de la jerarquía presentaban al papa con una imagen en cierto

modo magnificada en tanto hombre decidido que sufrió por su oposición a totalitarismos, cuyo paso por Cuba sería más que la del sucesor de Pedro, la del propio Cristo, idea que provocó rechazo en sectores evangélicos, preocupados además por un desbalance a favor de la Iglesia Católica en las relaciones con el Estado, situación conocida en la experiencia de etapas históricas anteriores.

Ese año la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba (COCC), emitió dos comunicados referidos a la visita papal. El primero de ellos, en marzo, de un contenido eminentemente pastoral, agradecía el apoyo ofrecido por las autoridades civiles y hacía peticiones en su favor. El segundo, en noviembre, más breve y con un discurso más bien político, insistía en las demandas y se remitía a “El amor todo lo espera”, sin agradecimientos ni oraciones. Se creaba así un clima algo tenso que podía comprometer el nivel alcanzado en las relaciones y los objetivos compartidos.

Muy próximo a la llegada del Papa se adoptaron medidas aceleradamente que generaron un ambiente muy favorable con un sentido de alta política. Por intervenciones públicas de Fidel Castro promovieron la participación popular, dando garantías de desarrollo de la visita. Los medios de comunicación se pusieron a disposición del Cardenal, del Obispo auxiliar de La Habana, poco después nombrado titular de la nueva diócesis de Guantánamo-Baracoa, y de los obispos de las provincias que serían escenario de las celebraciones abiertas presididas por el Santo Padre. El día de Navidad fue declarado feriado después de 30 años. Fidel sostuvo largos encuentros primero con líderes ecuménicos y protestantes y después con el Comité Permanente de la COCC.

La visita, como es conocido, se desarrolló en un clima de respeto y de participación popular entusiasta. Se comprobó que no había razones para los presagios calamitosos ni para suponer un choque entre las personalidades de Castro y Wojtyła. La prensa tuvo el más amplio acceso y se hicieron largas transmisiones por diversos países, aunque reporteros estelares norteamericanos se retiraron prefiriendo atender los

problemas en torno al Presidente Clinton que amenazaban escándalo, si bien cabe suponer que el sensacionalismo de esa prensa no encontró en Cuba lo que esperaba.

Desde un comunicado previo al viaje a Cuba, reiterado en el discurso de recibimiento y en homilías en las misas cubanas, Juan Pablo II dejó sentado que un propósito central consistía en fortalecer la autoridad de la iglesia local y abrirle espacios de acción. En su discurso, aunque con énfasis e iniciativas suyas, se observa el tratamiento de cuestiones planteadas por los obispos que responden a la naturaleza de sus funciones institucionales, pero también la incursión en temas políticos desde una visión “profética” y sobre la base de la Doctrina Social de la Iglesia.

El impacto inmediato de la visita del Papa a Cuba fue positivo desde diferentes ángulos. Así fue reconocido tanto por el presidente cubano en la intervención televisada poco después de la despedida a Juan Pablo II como en el comunicado de la COCC “Abran sus corazones a Cristo”, de febrero de 1998. El mandatario cubano agradeció al pueblo la madurez política puesta de manifiesto y analizó la libertad que el visitante tuvo para expresarse. Los obispos agradecieron la cooperación para el éxito “desde las más altas autoridades del país, que dispensaron al Santo Padre un trato exquisito, hasta los más humildes trabajadores”.

En un discurso unitario, conciliador, desde su óptica, la jerarquía local lanzó un programa de siete puntos que contemplan la promoción humana, el diálogo con el Estado y la sociedad civil y la emigración, la protección de la familia bajo criterios moralistas, el impulso a los laicos al compromiso político, el ecumenismo, la renuncia a posiciones hegemónicas aunque manteniendo el reclamo de espacios de acción. Por su parte, el Papa al regreso a Roma reconoció sentirse altamente impresionado si bien en una audiencia señaló su esperanza de producir en Cuba iguales efectos que su

primera visita a Polonia, idea políticamente ambivalente sí se advierte que el propio Pontífice ha dado muestras de estar defraudado por el camino hacia el consumismo y lo peor de la economía de mercado que han seguido los anteriores países socialistas europeos.

La visita deja saldos concretos favorables a la Iglesia, como una nueva diócesis, la construcción de otro Seminario, un templo en una zona muy poblada de la capital que no disponía de alguno y mayores lazos de comunicación con las autoridades. Hechos posteriores hablan de entendimientos, como la liberación de presos por solicitudes del Vaticano; la autorización a procesiones incluso en la Iglesia de la Caridad donde se escenificó en 1961 la procesión más conflictiva que determinó la decisión de hacerles recesar hasta lograr condiciones apropiadas; el incremento de la ayuda humanitaria por instituciones financieras católicas extranjeras, y declaraciones como las del Cardenal Jaime Ortega, en sintonía con las posiciones cubanas, rechazando como limosna humillante la decisión norteamericana de permitir el acceso a Cuba de medicamentos y alimentos sin eliminar el bloqueo, raíz del problema. Esto último a su vez, ha sido criticado por el canciller cubano denunciando además que el Departamento de Estado de Estados Unidos intenta manipular la figura del Papa al atribuirle la génesis de tal “concesión”.

La primera celebración religiosa de importancia posterior a la visita, la Semana Santa, transcurrió normalmente y en apreciación de algunos hubo mayor asistencia a las ceremonias, otros calculan cantidades similares o incluso reducción; pero en ningún caso un destacable incremento como se pudo suponer entre los más optimistas del lado católico. La vida religiosa cubana sigue su curso habitual en los marcos del reactivamiento de los '90 con cierta estabilización en niveles menos altos que en sus inicios cuando se dispararon los indicadores. Las demandas propias del institucionalismo religioso se van logrando, lo que alcanza a otras iglesias y agrupaciones religiosas, y el curso del ángulo político queda dependiente de la

capacidad de comprensión, en lo que incide en no poca medida la valoración que la Iglesia haga de su real capacidad de influencia incluso específicamente en el campo de la religiosidad cubana.

Impactos en la religiosidad del cubano.

La apreciación que la Iglesia Católica en Cuba tiene de sí misma y de su importancia en la sociedad, atraviesa por su autovaloración respecto a la cultura y a la religiosidad. En documentos como el del ENEC, en homilías y en comunicados de los obispos, se manifiesta una tendencia a un análisis histórico más bien triunfalista y justificativo. Se reconocen “sombras”, pero se insiste en mayor medida en las “luces”. Para la iglesia la cultura cubana es de esencia católica y en el campo religioso prevalece el catolicismo, tanto por el número de bautizados, y por los que se declaran católicos, como por la influencia católica en las expresiones de origen africano y en la religiosidad popular, tomada por catolicismo popular. En el antes referido comunicado de la COCC de febrero de 1998 se afirma que “la gran mayoría de la población tiene fe religiosa”, por lo cual, se desprende, acudió masivamente a las celebraciones durante la visita del Papa, lo que puede conducir a deducir que esa fe mayoritaria es de sentido católico y que la movilización del pueblo respondió a la convocatoria eclesial más que a la oficial. La valoración de la religiosidad popular latinoamericana en tanto fe auténtica, piedad popular, religión del pueblo o catolicismo popular, fue asumida por los obispos del continente en la Conferencia de Puebla, después de la “Evangelii Nuntiandi” de Paulo VI, quien la calificó en esos términos, superando la idea de fe imperfecta en los documentos de Medellín. Incluso hay sacerdotes cubanos que estiman que los santeros son católicos y en general las fronteras entre la ortodoxia católica y formas que no se ajustan a ellas son laxas e imprecisas. El Papa en su documento a la Conferencia Episcopal se refirió a “ciertas manifestaciones culturales de religiosidad” que “no

pueden ser consideradas como una religión... sino como un conjunto de tradiciones y creencias”, mientras en otra parte dijo que las religiones africanas en Cuba fueron permeadas por el catolicismo sin mencionar el núcleo ortodoxo en sus derivaciones cubanas, su influencia en la religiosidad popular e incluso en modos de expresarse el catolicismo cubano.

En su discurso en la ceremonia de bienvenida, Juan Pablo II apuntó un “profundo espíritu religioso” en el pueblo cubano, “sediento de Dios y de valores espirituales que la Iglesia, en estos cinco siglos de presencia en la isla, no ha dejado de dispensar”. En la homilía de Santa Clara se refirió a familias que “forjaron el país...fundadas sólidamente en los principios cristianos”. Antes, durante el vuelo, había calificado al país de “tradicionalmente católico”. Después, en Camagüey, en Santiago de Cuba y en el Encuentro con el mundo de la cultura, asoció con la fe cristiana a patriotas independentistas como Ignacio Agramonte, Carlos Manuel de Céspedes, Antonio Maceo y José Martí. En documento dirigido a los jóvenes habló de “raíces cubanas y cristianas”. En Santiago de Cuba afirmó que la fe cristiana “ha ido forjando los rasgos característicos de esta nación”; en la Plaza de la Revolución añadió que “Cuba tiene un alma cristiana, lo que repitió en su audiencia del 28 de enero en Roma, y en la Catedral de La Habana dijo que “la fe del pueblo cubano...ha sido fuente y savia de la cultura de esta nación”.

Si bien los obispos cubanos en su comunicado postvisita precisan lo que en su opinión el Papa entiende por el alma cristiana de Cuba, que “no quiere decir que la cultura cubana sea totalmente cristiana”, sin embargo a continuación insisten en calificar valores éticos de “la historia patria” de “radicalmente evangélicos”. Una sobrevaloración de la catolicidad de la población es obvio puede conducir a estrategias erróneas, como ocurrió por los '60. Ahora el razonamiento que se sigue es que al haber una mayoría religiosa la iglesia necesita de mayores espacios en la sociedad para educar y mantener esa fe, según se propone, por ejemplo, en el comunicado de

noviembre. Con toda lógica, una institución de larga existencia y reconocida oficialmente necesita, como las restantes, de posibilidades de actuación, aunque parece acertado que deba seguir una orientación sobre bases objetivas.

Al menos para evaluar el impacto producido por el Papa en la religiosidad del cubano, se debe examinar el tipo de religiosidad prevaleciente. Sociológicamente se hace difícil definir con precisión la pertenencia militante en algunas de las agrupaciones religiosas existentes en el país, específicamente en la Iglesia Católica, más aún cuando los criterios pastorales no son muy exactos. Ya en 1953 la Agrupación Católica Universitaria (ACU) lo advirtió y calculaba que los católicos comprometidos constituían entre el 2 y el 8 % de la población en cada territorio parroquial. Posteriormente, datos censales recogidos en un proceso previo al ENEC, permitió calcular por los '80 que el número de católicos practicantes no llegaba al 1 % de la población cubana. Después de un reactivamiento religioso en los '90 la cifra de asistentes a las celebraciones católicas debe haber aumentado notablemente, tal vez más que duplicado. Pero está por delimitar el nivel de interiorización de la doctrina y las normas.

Estudios de finales de los '80 permitieron definir que en más de la mitad de la población cubana de entonces, había elementos religiosos elaborados a un nivel que no se correspondía con la ortodoxia de ninguna forma religiosa organizada y sin pertenencia a algún grupo religioso. Se trata de una religiosidad espontánea, más bien asistemática, de contenido práctico asociada al milagro, lo mágico y supersticioso.

En modo alguno significa una ausencia de influencia católica en la nacionalidad y en la identidad cultural cubana. Cuba está inscrita en los moldes de la civilización occidental cristiana con una cultura católica, de tipo español, dominante; pero hay que considerar factores históricos culturales y la presencia de otras influencias religiosas.

En la conformación del campo religioso cubano se adviene un conjunto de rasgos que lo caracterizan. Entre ellos resaltan la diversidad de formas religiosas establecidas por

influjo de modelos socioculturales sucesivos; el conjunto religioso resulta heterogéneo dada la diversidad de creencias y prácticas y de los orígenes de cada una; la contradictoriedad entre expresiones en cuanto a la concepción de la sociedad y el modo de relacionarse con ella.

La influencia religiosa en la cultura cubana se ha producido en tres vertientes principales: la cristiana, católica y protestante; la africana, con un conjunto de formas concretas que han persistido a pesar de haber estado situadas en condiciones de cultura dominada; la espiritista que por diversas razones encontró factores que favorecieron su difusión. El resultado, en el que han incidido múltiples causantes, es una religiosidad que, como la cultura cubana en general, es síntesis de variados aportes. Lo anterior tampoco significa que el Papa encontraría en Cuba condiciones religiosas desfavorables. La herencia que ha conformado esa religiosidad predominante determina tendencias abiertas, tolerantes y que lejos del rigor dogmático admiten pluralidad y asimilación de valores y símbolos de distinta procedencia, con una multiplicidad religiosa como característica dominante. En la práctica cubana es frecuente encontrar personas que se declaran católicos y están bautizados, pero al mismo tiempo están iniciados en santería y se consultan con santeros o espiritistas.

En la religiosidad popular son símbolos significativos las figuras consideradas milagrosas, en las que ha operado sincretismos y una cuota importante de la imaginación del pueblo. Ellas no ocupan un lugar dentro de algún sistema religioso ni se les tiene por intermediarias. Entre ellas está la Caridad (Nuestra Señora de la Caridad del Cobre para los católicos), que moviliza a muchos devotos a altares domésticos y a determinados santuarios. aun cuando no sea una mayoría católica ni se tenga una idea siquiera meridianamente clara del lugar que ocupa en el sistema doctrinal católico ni lo que significa “Madre de los Cubanos”. Esta figura fue empleada por la Iglesia en los preparativos de la visita del Papa, haciendo recorrer su

imagen por diferentes templos. Se le llamó “La Virgen peregrina” y se le asoció al Papa.

El Papa tiene para los católicos un valor religioso e institucional altamente significativo. Pero para el común de los creyentes cubanos constituye también un símbolo religioso, derivado de su vínculo con lo sagrado. Así fue aceptado por miles de personas en las celebraciones públicas en su paso por Cuba. Juan Pablo II, favorecido por su carisma personal, logró un nivel de comunicación con el pueblo en una corriente de influencia mutua. Su discurso religioso impactó en un escenario inusual para la experiencia del cubano en largo tiempo. Poco menos de 40 años hacía que en la Plaza de la Revolución no se oía un discurso religioso ni se presentaban imágenes religiosas; la ocasión anterior fue cuando la misa que cerró el Congreso Católico de 1959.

De la variedad temática del discurso papal público, también inusitado, aunque restan estudios con tales fines, no es aventurado asegurar que la mayoría asimiló su mensaje social de paz, amor, esperanza. Es lo que en nuestra apreciación más se conserva, En lo político queda la imagen positiva de la condena al bloqueo norteamericano, cuyas consecuencias afectan a la población.

En resumen, la visita de Karol Wojtyła a Cuba dio un respaldo a la fe religiosa, estimulándola con efectos cuya perdurabilidad está por ver. No cabe dudas que fue un acontecimiento importante, trascendente, histórico como se le ha calificado, pero no hay muchas razones para afirmaciones, siguiendo un lugar común, de un antes y un después. De ella se desprenden una imagen menos prejuiciada de la Iglesia y la aceleración de un proceso que venía caminando de ampliación de la capacidad socializadora de las organizaciones religiosas. En el plano estrictamente religioso, acerca de las representaciones y sentimientos, es posible un aumento de la religiosidad, aunque no es objetivo suponer un crecimiento de la catolicidad.